

Homilía Mons. Fernando Prado Ayuso

JMJ 2023, 5/08/23

Queridos amigos y amigas,

Sois muchos como para que pueda conoceros a todos. Espero que poco a poco, nos vayamos conociendo más. En este momento quizá sea más fácil para vosotros conocerme un poco más a mí. Quizá habéis oído hablar de mí en estos últimos meses, desde que soy el obispo de la diócesis. Desde este ser obispo, trato de recordar a la comunidad cristiana que todos compartimos la misma fe apostólica, la que nos viene de los apóstoles. Así tratamos de seguir al Señor en comunidad, en ese lugar que llamamos Gipuzkoa, un lugar concreto en el mundo; pequeño, pero, para nosotros, muy querido e importante.

Cuando me preparaba un poco para la celebración y pensaba qué os podría decir hoy al encontrarnos en esta Eucaristía, veía que las lecturas del día son cuanto menos curiosas. Al final, el Señor siempre viene en mi ayuda y nos da una pequeña inspiración. Espero que nos pueda ayudar a vivir este momento mejor y a comprender qué es lo que la Palabra de Dios nos quiere decir, qué es lo que quiere iluminar en nuestra vida.

Habéis oído palabras muy potentes y sugerentes estos días. El Papa os ha dicho que Dios os ama a cada uno de vosotros y que, para Él, todos somos importantes. Decía Francisco que para el Señor, nadie es un número en una estadística, sino que cada uno, para Él, somos alguien del todo especial, muy particular. También nos dijo un mensaje muy importante: que los que seguimos al Señor, los que somos la Iglesia, nos damos cuenta de que en la Iglesia hay cabida para todos, y él repetía: Todos, todos, todos.

Cada uno de nosotros se conoce muy bien a sí mismo. En verdad, “santos”, lo que se dice “santos”, entre nosotros, probablemente pocos. Seguro que, cuando miramos a nuestra vida, encontramos cosas que, puestos ante el Señor, quizá hasta nos avergoncemos. Sin embargo Él, por puro amor, porque Él ha querido, nos ama

como somos. Él siempre nos perdona aquello que en nuestra vida no es como le gustaría y nos llama y nos invita, una y otra vez, a que le sigamos. Nos quiere como somos, para ser como él quiere que seamos. Esta es la grandeza de nuestra fe. Esa es la razón de que en la Iglesia todos tengamos un lugar: porque también cabemos nosotros, cada uno de nosotros, a pesar de que no siempre seamos maravillosos, a pesar de que a veces nos consideremos un desastre. Sin embargo, el Señor nos llama y cuenta con nosotros.

Tomar conciencia de esta experiencia de amor que llamamos “fundante”, la experiencia de saber que Dios nos ama a pesar de cómo somos, porque Él es el amigo, es lo que hace que recuperemos la alegría. Es lo que tiene la amistad. Nuestros amigos no nos aman porque seamos perfectos, sino, precisamente, que nos quieren, a pesar de no ser perfectos. Eso es el amigo: aquel que, a pesar de saber cómo somos, nos quiere. Pues algo así, pero aún mucho más grande, sucede con el Señor y nosotros.

Esta experiencia de darnos cuenta de que con nosotros camina el Amigo es lo que hace que podamos recuperar y mantener en nuestra vida la alegría. Fijaos la primera lectura que hemos escuchado. Nos habla de un jubileo; de cómo cada 50 años el pueblo de Israel tenía que celebrar un año entero de fiesta, para recuperar la alegría que a lo largo del camino y a lo largo de los años iba perdiendo. Fijaos qué contentos estarían que hasta podían recuperar sus propiedades si las habían perdido o las habían vendido. En ese año renovaban también su relación con el Señor. Pedían perdón de sus pecados y se sentían renovados.

Creo que algo de eso estamos haciendo estos días en la Jornada Mundial de la Juventud. Es como un tiempo de jubileo. Hemos parado nuestra vida habitual y hemos venido a compartir la fe aquí, con tantos jóvenes cristianos de todo el mundo, y con el Papa que nos preside a todos en la caridad. Aquí estamos como renovándonos, recuperando la alegría, la alegría de sabernos amados por Dios; la alegría de saber que tenemos también hermanos que comparten esta misma fe, esta misma confianza: la

de saber que Dios nos ama a cada uno y que nos ama a pesar incluso de no ser perfectos.

Unos han tenido más suerte en la vida que otros. Unos tienen unos dones maravillosos; otros tenemos más bien pocos. Unos son más listos, otros no tanto; unos son muy deportistas, otros no tanto. Unos tienen salud, otros no la tienen. Unos tienen una economía y una familia con más posibilidades, otros una familia con menos posibilidades. Y aquí nos encontramos todos como hermanos. Cada uno lleva la mochila de su vida, de su historia personal. Bien sabéis vosotros lo que guarda lo profundo de vuestro corazón. Pero no sólo lo sabéis vosotros, también lo sabe el Señor.

Hemos escuchado ese episodio en el Evangelio de cómo murió Juan el Bautista, ¿verdad? Es una historia un poco tortuosa. Herodes se había comprometido en público con darle a Salomé lo que ella quisiera y, esta le pidió la cabeza de Juan el Bautista. Herodes accedió, aun con la mala conciencia que le quedó. El Evangelio de hoy nos dice que Herodes había oído hablar de Jesús y la conciencia no le dejaba dormir. Así hemos escuchado esas palabras de Herodes: “Éste es Juan el Bautista, que ha resucitado y ha vuelto para amargarme la vida”. Y entonces el evangelista nos cuenta la historia de lo que sucedió. Dice al final el Evangelio —y con eso me quiero quedar— que los discípulos de Juan, al ver que habían matado a su maestro, fueron inmediatamente a contárselo a Jesús. Estaban viviendo la mayor desgracia que podía haberles sucedido en su vida. Les habían arrebatado al maestro. “Mira, Jesús, qué desgracia tan grande nos ha sucedido”.

Cuando nos va mal en la vida, cuando las cosas se ponen oscuras, tú también puedes hacer eso: vete y cuéntaselas a Jesús. En el Evangelio la pregunta queda abierta. No nos cuenta la reacción de Jesús. Una vez que se lo contaron, ¿qué les diría Jesús? ¿Por qué no nos lo cuenta el Evangelio? Sin duda, ellos estarían esperando una palabra de Él.

Te invito a que hagas la prueba: cuéntale a Jesús lo que te pasa y trata de escuchar lo que te dice. Siempre tiene algo que decirte. A buen seguro que no es algo enigmático, misterioso, raro, algo que

no acabamos de descifrar. Dios es un misterio, ciertamente, pero lo que nos quiere decir Jesús en verdad no es tan misterioso, ya le conocemos. Es nuestro amigo y lo conocemos. Del amigo, si algo tenemos es mucha información, como él de nosotros. Jesús conoce a sus discípulos, los discípulos conocen a Jesús. Cuando van a donde Él a decirle: “mira, nos pasa esto”, ya saben lo que les va a decir, porque le conocen.

Conocemos a Jesús, hemos conocido su vida, su muerte, su resurrección. Conocemos a través del Evangelio y de la Escritura qué es lo que hizo Jesús en esos años de su vida en los que fue reuniendo a un grupo de amigos; cómo son sus sentimientos, cuáles son sus valores... Por eso, cuando acudimos a Él, sabemos lo que nos va a decir, porque le conocemos. Así que, cuando vayas al Señor a contarle tu problema: “Mira, Señor, me pasa esto”, Él ya lo sabe. ¿Qué nos dirá? A mí no me cabe duda: “Sí, ya sé que te pasa eso; pero no te preocupes, yo estoy contigo. Soy tu amigo. Confía en mí; ya iremos adelante, iremos saliendo adelante. Tú pon la confianza en lo que tienes que ponerla y estate tranquilo porque yo estoy contigo”.

Ésa es la gran promesa que nos ha hecho el Señor. Al final del Evangelio de Mateo se nos cuenta cómo Jesús subió a los cielos, ¿verdad?, y desde ahí, subiendo a los cielos, dice a sus amigos: “... Y sabed que yo estoy con vosotros, todos los días, hasta el fin del mundo”. El Amigo nos lo ha prometido; Él va a estar con nosotros siempre, todos los días, hasta el fin del mundo. Por eso podemos decir, como dice el salmista —recordad ese salmo que hemos rezado tantas veces— “El Señor es mi pastor, nada me falta. Aunque camine por cañadas oscuras —aunque en la vida no siempre me vaya bien del todo—, nada temo, Señor, porque Tú vas conmigo”... Esa es la confianza que nos da saber que Jesús camina con nosotros. Él es el Amigo, el Amigo que nunca falla, el que camina con nosotros siempre, todos los días de nuestra vida. Esta amistad nos da una fuerza y una seguridad que nos hace diferentes, nos hace especiales, nos hace vivir con la alegría del Evangelio. Es una alegría que no nos la pueden robar. Es una alegría profunda. No se trata de esa sonrisa del *selfie*, en la que todos ponemos

nuestra mejor cara, quizá aparentando lo que no hay, sino que es una alegría profunda, la que nos da el saber que el Señor nos ama, que para Él cada uno de nosotros somos importantes, que nos acompaña en el camino y que, tal y como nos ha prometido, va a estar con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. Así que cuando tengamos algo importante, algo que nos sume en la pena o en el dolor, contémoselo a Jesús, como hicieron aquellos discípulos de Juan el Bautista. “Aquí vengo, Señor, esto me pasa”. Y escuchemos lo que nos dice siempre con cariño y ternura en lo profundo del corazón: “No te preocupes, yo estoy contigo”.

Bueno, pues esto es lo que se me ha ocurrido transmitir, comunicar. Que disfrutéis de la profundidad de este mensaje. Y que lo confirméis en estos días tan intensos en medio de cansancios, de duchas medio malas, con agua un poco más fría que en casa, con comida un poco más de batalla... pero bueno, los jóvenes tenéis “estómago misionero”, así que no hay problema de comer lo que nos pongan, aunque se aun mal bocadillo con el pan duro.

Demos gracias al señor por la suerte que tenemos de vivir este encuentro. Fortalezcamos nuestra fe, y esta confianza fundamental. Esto es lo que os quiero transmitir. Es lo mismo que nos está repitiendo el Papa en estos días. Y dejémonos confirmar por él. Él es Pedro, la roca, el que nos da la confianza y nos confirma en esta fe. Es la misma fe que comparten muchos millones de personas en la humanidad. A veces, en nuestra vida cotidiana, allí en nuestra querido Donostia, o en nuestra querida Gipuzkoa, andamos un poco como perdidos los que somos creyentes; pero aquí nos hemos encontrado. A muchos les pasa también en otros lugares del mundo, que viven momentos muy difíciles. Hay gente que vive incluso su fe en una Iglesia perseguida y arriesgan su propia vida y siguen al Señor con esta confianza de saber que el Amigo está con ellos.

Fortalezcamos nuestra fe; dejemos que Pedro nos confirme en ella y que esto que estamos viviendo estos días, cuando volvamos a Donostia, cuando volvamos a Gipuzkoa, lo sigamos fortaleciendo

en nuestras parroquias, en nuestros grupos. Pero también los que hemos venido aquí como grupo: juntémonos, siquiera de vez en cuando, y sigamos fortaleciendo lo vivido. No dejemos de agradecer a los que han hecho todo esto posible. También a estos sacerdotes maravillosos que nos acompañan, que nos instruyen con su palabra y su enseñanza, con su propia experiencia de fe. Que sigan acompañándonos y acompañémosles también nosotros con nuestra oración para que sean siempre buenos sacerdotes y nunca pierdan ese “olor a oveja” que nos dice Francisco. Que sigan preocupándose de vosotros y que no pierdan tampoco ellos la confianza de saber que esto es algo de Dios y que de Él depende. Los sacerdotes solo somos colaboradores de Él en la misión. Esa es la misión que todos tenemos: anunciar a otros esta maravilla que estamos viviendo, la alegre noticia y la suerte de tener a un Dios cercano que es nuestro amigo.

Que así sea.

+ Fernando
Obispo de San Sebastián